



VOLCÁNICAS

¿Cómo nació el libro Histe(ó)ricas?



DANA HART

Dana Hart

VOLCÁNICAS

¿Cómo nació el libro *Histe(ó)ricas*?



Con la Editorial Gafas Moradas publiqué el libro *Histe(ó)ricas*, un texto que cruza las historias de las mundialmente reconocidas Simone de Beauvoir, Melanie Klein y Virginia Woolf con los problemas de género que padecemos en la actualidad.

Con *Histe(ó)ricas*, quiero demostrar que no somos histéricas ni bipolares, mucho menos histriónicas, locas o «feminazis», sino que somos: ¡históricas! Por ello, te quiero compartir esta versión libre y gratuita, que emula el método que utilicé para escribir *Histe(ó)ricas*, pero en una sola sesión de estilo *focus group* psicoterapéutico y con otros grandes personajes: Flora Tristán, feminista de la clase trabajadora; Kate Millett, quien en sus días popularizó la palabra patriarcado; Betty Friedan, que con su libro *La mística de la feminidad* rompió pesadas cadenas patriarcales; y Dora, una paciente de Sigmund Freud muy controvertida en la historia del movimiento psicoanalítico.

Mi intención es aportar un granito de arena para seguir fortaleciéndonos como mujeres y disidentes.

Psicoterapeuta: No fue tu culpa ni estabas loca. Tenías razón: el melón afuera del refrigerador se iba a pudrir; el cobertizo requería un trabajo gris, paciente y cotidiano, que seguramente no se estaba haciendo con la sistematicidad requerida. Ser responsable por todos los gastos de un proyecto pone tensa a cualquiera. Si fueras un hombre, el mal humor y los exabruptos, el ceño fruncido y el haber pedido que todo el mundo se fuera de tu oficina, se verían como gestos típicos de todo «maestro». Levantar la voz es una acción propia del mundo de los hombres. Tú gritaste, te enojaste, trataste mal y no de manera tierna como tu rostro de mujer hace prever. Sí, a eso lo consideraron locura. Lamentablemente, si un hombre levanta la voz, lo más crítico que podemos esperar es que sea un tirano, pero si una mujer lo hace, nadie duda en llamarle loca.

Kate: Sí, pero no era solo eso; existían otros elementos. Supongo que no me dieron cinco pastillas de litio al día solo por levantar la voz. Yo me deprimía, tenía momentos de mucho movimiento: ir, venir, subir, bajar, construir, hacer mil cosas, casi sin detenerme a comer; y otros momentos en que no podía nada, que estaba tirada en la cama, irritada, con una sensación horrenda en el pecho, mal humorada. De todos modos, si encerrarme era la solución, lo único que hicieron fue empeorar la situación.

Dora: Sería raro estar siempre contenta y feliz. No solo por una misma, sino por la cantidad de sucesos que pasan día a día. Las personas, en el mundo, no están bien: hay hambre, malos trabajos, casas que se caen, no lo sé. No estar alegre es ser empática. Debemos ser mujeres conscientes. Es claro: el litio te puede anestesiar, pero no borra a las mujeres asesinadas por su pareja y el impacto que eso nos puede provocar. Te entiendo. A mí también me pasa, sobre todo de noche. Hay un recuerdo que siempre viene a mi mente: yo tenía ocho años y mi padre deliraba en su cama producto de la tuberculosis. ¿Quién puede estar siempre feliz después de eso?

Betty: Es imposible estar con una sonrisa en el rostro todo el tiempo. Me gusta mucho esta dinámica, pues podemos hablar de todas al mismo tiempo, sin orden, mezclando problemas, entrecruzando ideas, como una tiranía de la falta de estructuras, ¿No creen? Quiero agregar algo sobre lo que me pasa. Al igual que a Dora tengo recuerdos que invaden mi mente por la noche. Soy yo recorriendo las veredas y preguntándole a esas mujeres si son en realidad tan felices como en los comerciales; si todos esos electrodomésticos, la media decena de hijos y el marido trabajador realmente las satisfacen en lo más profundo. La travesía de no encontrar a una sola mujer feliz aún recorre mi pensamiento. Si no es por una crisis sexual o alguna otra que tenga que ver con una falta o carencia, ¿qué crisis nos subsume hasta mezclar lágrimas con harina?

Psicoterapeuta: En un sentido, sí es sexual. Mejor dicho: es una crisis de la libido, pero NO por la insatisfacción ante un solo hombre, sino porque la libido — en tanto

fuerza motriz o energía vital— se estanca en los limitados muros de una casita con tejas. Esta, en el caso de las mujeres, precisa ser sublimada, llevada hasta los albores de la civilización (mucho más allá de la construcción hecha por los hombres). La energía vital de la mujer no puede ser encerrada en un solo hogar, requiere más, requiere hacerse parte de las grandes manifestaciones sociales, de los problemas históricos, de la humanidad. Las mujeres también necesitamos sublimar, incluso nuestra propia sexualidad, arrancándola de las garras de lo reprimido, para liberarla del tacaño mundo del marco de lo privado.

Flora: Entiendo hacia dónde va. Sublimar en el trabajo, por ejemplo, pero no en el empleo precario. Me refiero al trabajo que permite sublimar. En mi caso, me ha tocado trabajar años de taller por un salario que solo me alcanzaba para cubrir apenas dos o tres gastos. Esto me hace pensar que es imposible mejorar nuestra situación individual, sino logramos mejorar las condiciones colectivas. He visto condiciones que son imposibles de tolerar, como la experimentada por aquella madre de siete hijos, que dio muerte a su marido con un cuchillo directo al corazón y se castigó luego con el hambre. ¿Me entienden? O, quizás, aquella batalla en que los hombres se mutilaban entre sí.

Betty: Es muy claro que todas tenemos una queja, ¿no? Yo tengo muchas demandas, problemas, reflexiones, ideas, inquietudes... Todavía estoy «buscando la roca sobre la cual construir», como decía una chica a la que entrevisté hace algún tiempo. Tengo una amiga, cuya pareja es un cerdo, un pintor, la voy a traer a la próxima sesión, porque ella

necesita que la ayudemos colectivamente a soltar a esa criatura. Así nos fortalecemos.

Kate: Lo mío es una queja y algo más. Sí, estuve encerrada. Es una queja y es, al mismo tiempo, una grave denuncia. Saben que había una mujer allí encerrada, porque se había negado a lavar los platos; otra, porque no había querido tener más hijos después del segundo. Y yo estaba en ese lugar, contra mi voluntad, ¿por qué? Pues, mi hermana me dejó un único libro que no quería leer y que claramente no tenía ningún sentido conmigo. Era de Winnicott, que en extenso se refería a un *self* verdadero y a un *self* falso. Me hizo cuestionar si me lo dejó, porque creyó que de algún modo debía desarrollar un *self* falso en adelante. Así que intenté desarrollar uno cortés, una mascarada femenina como dice Joan Rivière. Con toda la fuerza que pude, sonreí, me contuve, no grité, traté a todos con la más magnánima de las cordialidades, construí una identidad correcta que encajara, que no develara la existencia de mi propia neurodiversidad. ¡Sí, existe! ¡Respétenla!

Psicoterapeuta: Supongamos que yo cojo un vaso lleno de agua y, mientras ustedes no ven, se lo tiro en la cara a Dora abruptamente y digo luego: ¡Dora! ¡Estás toda mojada! ¿Qué te ha sucedido? ¡Ya sé! Te has mojado debido a tus glándulas. Sí, un problema biológico, hereditario, que hizo empaparse a tu madre y a tu abuela y ahora, claro está, te tiene goteando aquí en mi estudio. ¿Sería extraño? ¿No? ¡Pues no, no, no! Es incorrecto. Pensándolo bien, he llegado a la conclusión de que estás mojada, porque se expresan así tus nervios, tu ánimo a través de tu cuerpo. ¿Qué me dirían ustedes? No, Dora está mojada, porque acabo de tirarle

un vaso de agua encima, a la cara, que la empapó entera, dejando su cabello mojado, chorreando gotas de agua. Lo que le ha sucedido a Dora ha sido efecto de la acción que yo he ejercido sobre ella. Alguien ajeno a ella, en el medio, fue el responsable. Del mismo modo, los sucesos que nos acontecieron en nuestra historia personal. Al igual que ese vaso de agua ejerce su efecto o, dicho de otro modo, la suma de las experiencias vividas al interior del patriarcado, por las mujeres disidentes, generó efectos. Nuestras crisis son el producto de una experiencia hecha y vivida en el patriarcado. No son orgánicas, químicas, biológicas. No, no es nuestra personalidad una falla de nacimiento. Nuestra personalidad merece valor y respeto, sin culpa, desarrollarse y poder ser libre, sin dolor. Es el patriarcado que ejerció su violencia de múltiples modos, desde nuestra infancia hasta la actualidad. La violencia física, sexual, psicológica, a pequeña y gran escala, hace que cualquier manifestación que haga nuestro cuerpo, en palabras o en repercusiones físicas, no puede ser más que una respuesta ante estos ataques brutales a veces, soslayados otros, del patriarcado. Es muy importante este punto, elemental. Lo que hay que cambiar no se acota a nuestra forma de ser o a una rutina de tomarse una pastilla para estar bien y estable. Lo que hay que transformar es el contexto social, esa transformación nos hace libres. Hay que crear, sublimar empujarla y hacerse parte de ella. Y cuando digo «ella» me refiero a ese «ello» que para Freud era solo masculino, pero para *nosotres* es feminista e incluso podemos definirlo como un *elle*. Este no es un instinto agresivo como está descrito para el «ello», pues tiene características no visibilizadas históricamente.

Dora: Bueno, ya que hablan de mí, les agradezco por no tirarme realmente el vaso de agua. También pienso que es así. En mi infancia me pasaron un sinfín de cosas y mientras crecía me pasaban obras. Recuerdo a un viejo amigo de mi padre. Durante mucho tiempo fue cariñoso, pero mientras más crecía se volvió una pesadilla. De pronto estaba allí, en la escalera, apretándome contra su pene erecto, chupándome la boca con su lengua toda asquerosa y babosa, con su aliento a encierro y su sonrisa repugnante; mientras que yo intentaba sacármelo de encima. Si eso no tiene efectos, nada lo tiene. Por eso me repugna lo que me repugna.

Betty: Y no por eso eres una *petit hystérie*, Dora. ¿Sí o no? Me repugna lo mismo que te repugna.

Flora: También me repugna. Me repugna lo que les repugna. Por ejemplo, que mi padre prácticamente no se haya hecho cargo de mí y me haya condenado a una vida de pobreza, a un marido que fue una tortura y al trabajo precario en los talleres con una alarma que suena a las cuatro de la mañana y una jornada que no termina antes de las ocho de la noche. ¿Me siguen? Como los esfuerzos que tuve que hacer para que se publicaran mis libros, me repugna tanto como aquella pregunta que me hizo una vez Mariano: «¿Quisiera saber si usted sufre mucho?». Claro que sufrí mucho y que el patriarcado ejerce sus efectos. Problema sería que esos efectos no generaran una respuesta por parte nuestra, pero aprendimos a distinguir el valor real, el de los espejitos de colores.

Dora: Mi respuesta fue siempre la misma. Continuaron los dolores de cabeza, la afonía pasajera, la disnea.

¿Ustedes creen que me quedaba afónica cada vez que no podía gritar, enfrentarme, decir que no? La cosa es que me educaron para callar.

Betty: A mí me educaron para lustrar muebles, brillar, aun siendo una profesional. Mi marido, antes de irse al trabajo, dejaba escondido un botón en algún rincón oculto de la casa. Esperaba que limpiara tan bien, que encontrara el tramposo botón. Una vez dejó una colilla de cigarro detrás de la taza del baño; en otra ocasión dejó un tenedor tras el refrigerador. Siempre los encontraba. Siempre. Encontraba cada objeto que escondía, pues él lo hacía con el fin de reprenderme por haber realizado un pésimo trabajo de limpieza. «¿Qué haces todo el día?», solía decirme.

Kate: Me volvería loca. Si me esconde un botón, yo sería capaz de derretírselo en el pelo o servírselo en la sopa. ¿A alguien más le está dando hambre?

Si te gustó *Volcánicas*, te invitamos a leer *Histe(ó)ricas. Virginia Woolf, Simone de Beauvoir y Melanie Klein al diván.*

“El libro de Dana Hart, *Histe(ó)ricas*, es una afortunada intersección entre literatura y crítica feminista. Pocos son los escritos que logran ser una mezcla tan afortunada de risas y denuncias que además reivindican la larga lucha de las mujeres por un mundo más justo. El libro examina algunos momentos de la vida de Virginia Wolf, Simone de Beauvoir y Melanie Klein mostrando cómo a pesar de sus diferencias todas ellas compartieron vivencias producto de un patriarcado que buscó acallar sus voces. Sin embargo, todas ellas le hicieron frente de una u otra manera, aunque esta lucha dejó sin duda huellas que podemos rastrear en sus biografías. Así, el punto central de esta historia contrafáctica, en la cual estas tres mujeres hablan con una psicoanalista feminista sobre sus vidas, se centra en mostrar el modo en el cual se les atribuyó un carácter patológico que escondía precisamente sus malestares ante una sociedad machista y opresiva. La esperanza que nos deja este libro es que en un futuro las mujeres no tengamos que lidiar con una patologización de nuestra indignación ante un mundo injusto”.

Siobhan F Guerrero Mc Manus